

Si es verdad que “en la variedad está el gusto”, el presente volumen del BOLETÍN merecerá la aprobación de los lectores, pues no pequeña es la variedad de las colaboraciones.

Un pequeño fajo de documentos septimacenses de 1558 nos devuelve a la memoria algo que los donostiarras modernos hemos olvidado: la condición fronteriza y de plaza fuerte de nuestra Ciudad y la amenaza de guerra que en ocasiones pesaba sobre ella. Tal fue el caso del año 1558 en que el Corregidor de Guipúzcoa, el defensor de la plaza D. Juan de Borja, hijo del santo de ese apellido, o el gran marino Pedro Menéndez de Avilés, informan a la Princesa Gobernadora doña Juana con noticias alarmantes los dos primeros, y con las posibilidades de organizar una Armada que llevase a Flandes a la Reina viuda de Hungría, doña María de Habsburgo.

La historia social donostiarras y el campo de la devoción popular agradecerán la colaboración de Álvaro Aragón Ruano acerca de la Cofradía de San José y San Andrés que reunía a carpinteros, toleneros y canteros donostiarras, fundada en 1588. Hombres y mujeres figuran entre sus fundadores. El organigrama y jerarquía de la Cofradía, su peso específico en la vida donostiarras, sus Constituciones primeras y las renovadas en el siglo XVIII, el elenco de sus mayordomos, son otras tantas facetas expuestas en este artículo.

El incendio de San Sebastián en 1813, verdadero desastre global, es símbolo de otros incendios particulares desatados por las pasiones políticas. De entonces datan las primeras muestras en nuestra historia interna de “colaboracionistas” y de fieles al “Rey intruso”, y no primeras sino nuevas muestras de banderías. Mientras D. Vicente Andrés de Oyanarte abandona en 1809 la Ciudad por huir de ella a la entrada de los franceses y dejaba vacante la Vicaría de San Vicente, era puesto al frente de la misma. D. León Luis de Gainza. Igualmente al morir el Vicario de Santa María D. Miguel Ignacio de Remón era nombrado por Real Decreto de José I D. Bernardo de Echagüe. Los procesos que se siguieron, tras el abandono de la Ciudad por los franceses, nos muestran las secuelas de la postguerra y los ajustes postbélicos de cuentas, así como las tensiones entre el Cabildo secular y el eclesiástico. Es significativa en tal sentido la aportación de María Francisca López Torres y Antonio Prada Santamaría.

Para la historia donostiarra de la segunda parte del siglo XIX es importante el extenso trabajo de Fermín Muñoz Echabeguren –continuación y remate de otro anterior– en que afronta con documentación exhaustiva temas tan importantes para la configuración urbanística de nuestra Ciudad con el derribo de las murallas, los ensanches sucesivos, el encauzamiento del Urumea, los puentes sobre el río, etc.

Dentro del urbanismo donostiarra, y concretamente en su pequeño puerto, propios y extraños pueden pasar de largo o detenerse ante un entrañable monumento, el dedicado a *Aita Mari*, un marino zumayano afincado en nuestra Ciudad, pródi-go salvador de náufragos, que al fin pagó con su vida un intento que resultó ser el último, en 1866. El hecho conmovió a la Ciudad, que más tarde quiso perpetuar su emoción en ese monumento más que humilde elevado a la memoria de Mari. Luis Alberdi y Carlos Corostola (†) hicieron de notarios de la memoria colectiva que dejó constancia en escritos a lo largo de cien años (1866-1966). La edición entera de esta recopilación de escritos, no obstante la reiteración de algunos textos, quiere ser un homenaje a la figura de aquel marino heroico, e invitación, no a pasar de largo, sino a detenerse un momento y saludar respetuosamente a quien generosamente dio su vida por los demás en ese mismo teatro de la entrada al puerto y a la vista de cientos de angustiados donostiarras que le vieron desaparecer para siempre en un mar enfurecido.

Derribadas las murallas y fenecida la historia militar de nuestro castillo en el monte Urgull, como si quisiese recuperar su viejo prestigio fue objeto de un plan para establecer una galería de tiro en 1900. La adopción del fusil Mauser por el Ejército (1893) exigía nuevas prácticas de tiro, de instrucción y de combate, aprobadas en un *Reglamento de tiro* aprobado en 1898. Juan Antonio Sáez García con amplia documentación y gráficos presenta la ejecución de este proyecto.

Finalmente se dedican en este BOLETÍN no pocas páginas al barrio de Aiete, al que justamente el colaborador vecino del mismo lo llama *Gure Aiete, Nuestro Aiete*. Manejando información escrita y oral, ofrece un compendio sobre este barrio, situado en la vieja calzada de comunicación con Francia y España, con resabios gascones aún vivos en sus topónimos y apellidos, teatro de episodios bélicos en siglos recientes y aun de fortificaciones, poseedor de edificios nobles y parques, de numerosas ermitas y de reciente parroquia, de una red de caseríos con gentes llenas de vida, sacrificados para siempre muchos de ellos por los implacables *bulldozer*. Esta parcela entrañable de San Sebastián, cuyas muchas y buenas sidrerías frecuentaban nuestros mayores, está siendo radicalmente transformada por el urbanismo. Se derriban piedras y vigas, sólo sobreviven, con suerte, los topónimos. Claudio Artesano Garicano, aun sin pretenderlo, ha escrito una elegía sobre Aiete, que será del agrado de sus pocos viejos moradores, no así de los modernos y foráneos.

En la sección de NOTAS, que son como ráfagas breves de luz, nos espera no menor variedad: Un proceso donostiarra contra piratas ingleses (1562) y el documento con la dispensa papal para que el gran Miguel de Oquendo pudiese vestir el hábito de Santiago, ambos de quien esto firma. Al siglo siguiente, a la apertura del camino de la peña de Orduña y los conflictos entablados en las tres Provincias a su

respecto (1663) nos traslada el trabajo de María Rosa Ayerbe. Podemos detenernos un tanto en el siglo XVIII para asistir al episodio de un duelo entre militares junto a la parroquia de Santa María (1756), descrito por Carlos Rilova Jericó. Y ya en el siglo XIX nos esperan Fermín Muñoz Echabeguren para aportarnos interesantes noticias sobre las parroquias donostiarras, sobretodo las extramurales, y José Garmendia Arruebarrena para presentarnos a un grandísimo poeta del siglo XVI como alcaide de la fortaleza de San Sebastián y nada menos que a Gustavo Bécquer como viajero extasiado ante el paisaje guipuzcoano y ante la pequeña Ciudad de San Sebastián en agosto de 1864... en el viaje de inauguración del ferrocarril Madrid-Irún. Los ya viejos, lo conocimos con el nombre afrancesado de “Camino de hierro del Norte de España” y todavía hoy nos referimos a su estación como “la estación del Norte”. Del Norte podría ser para los madrileños y para nosotros del Sur o Mediodía”. Tal es la inercia en los usos del lenguaje.

El *menú* del 2003 está servido con muy variados platos. Gracias por su visita.

*J. Ignacio Tellechea Idígoras*

Director del Instituto Dr. Camino